

alivio cierto en las adversidades; acercaos, ya sea que el remordimiento del pecado os devore, ya sea que os oprima la pena, compañera inseparable de la culpa.

Quicumque certum quece ritis
 Rebus levamen asperis
 Seu culpa mordet anxia
 Seu pœna vos premit comes,
 Jesu qui ut agnus innocens
 Sese immolandum tradidit,
 Ad Cor reclusum vulnere
 Ad mite Cor accedite.

Entonados los salmos, el lector recita conmovido aquel trozo de la Epístola á los Efesios, en que San Pablo nos habla afectuosamente de las bendiciones de Jesucristo, Señor Nuestro, que nos eligió antes del establecimiento del mundo para que fuésemos santos y sin mancilla delante de él *en caridad*. Antes, por el contrario, resonaban terríficas, en medio del bálsamo que derramaban en nuestros corazones, estas palabras de Isaías: «Te daré alabanza, Señor, porque te enojaste conmigo: se ha mudado tu enojo y me has consolado.» En el antiguo oficio, igualmente, las lecciones del Evangelio se tomaban de los eruditos comentarios de San Agustín, del Crisóstomo y de San Buenaventura á aquel capítulo de San Lucas que se refiere á la lanzada que abrió el costado del Salvador. Hoy escuchamos á San Bernardo comentar, con su acostumbrada dulzura, estas tiernas palabras del Evangelio de San Juan: Como me amó el Padre yo también os he ama-

do; perseverad en mi amor. *Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos Manete in dilectione.*

Pero, si bien las lecciones é himnos que he indicado, y otros salmos, antífonas y responsorios, que no sería propio en este lugar repetir, han sido modificadas y cambiadas, intactas dejaron los dos últimos Pontífices las principales lecciones que señalara su predecesor Clemente. ¡Oh, si me fuera dado recitar una tras otra las dulcísimas frases de San Bernardo! Dejad que, por lo menos, repita el principio, y recordando algunas de sus más bellas expresiones, os conduzca hasta el fin.

«Pues que ya hemos llegado al dulcísimo Corazón de nuestro Jesús, bueno es estarnos aquí, y no dejar que fuerza humana nos arranque de tan grato refugio ¡Oh, cuán bueno y cuán grato es morar en este Corazón! En este Templo, en este *Sancta Sanctorum*, en esta Arca del Testamento, adoraré postrado y alabaré el Nombre del Señor, diciendo He encontrado el Corazón de mi Rey, de mi Hermano, de mi benigno Amigo Jesús.

«Fué herido tu corazón, oh Jesús mio, para que en él y en ti, libres de perturbaciones exteriores, podamos morar La herida material en el costado nos muestra la herida espiritual. ¿Quién no amará un Corazón de tal manera atravesado? ¿Quién no pagará con amor, el amor de un Corazón tan tierno? ¿Quién no estrechará entre sus brazos un Corazón tan casto?»

Baste ya, oh meliflúo Doctor San Bernardo, y permite que nosotros también exclamemos: ¿Quién nos arrebatará esta devoción del Sagrado Corazón? ¿Quién nos obligará á buscar fuera de este Corazón salvífico las delicias de la Cruz? ¿Quién nos apartará de ese ta-

bernáculo, en que palpita el Corazón viviente de Nuestro Salvador?

Bien lo veis, Hijos míos. Del estudio comparativo de la primitiva y de la nueva liturgia de la Iglesia; de la lectura de las Obras de la Bienaventurada Margarita María, y de los libros que después de ella, y basándose en sus revelaciones, han escrito piadosos sacerdotes, se desprende que el culto del Sagrado Corazón comprende á la par el de la Eucaristía y el de la Cruz; si bien parece que en estos momentos la Iglesia quiere que el primero prevalezca sobre el segundo. ¡Bien haya nuestra amorosa Madre que, inspirada por su Divino Esposo y Fundador, en todo nos dirige, en todo nos guía, indicándonos el camino, tendiéndonos la mano y aun obligándonos á retroceder, si de él nos hemos apartado! Pero, sean cuales fueren las ligeras diferencias que encontramos en la devoción al Sagrado Corazón, en las diversas épocas por que ha atravesado, una es y será siempre la norma invariable: la mansedumbre y la humildad, *discite a me quia mitis sum et humilis corde.*

II

Ya me parece que al oír hablar de mansedumbre y humildad, como distintivos del verdadero devoto del Sagrado Corazón, hierven los corazones de muchos, y exclaman á una voz: ¿Y el celo, dónde lo dejáis? Precisamente es el celo la señal característica del adorador del Corazón de Jesús, ¿y es esto, por ventura, compatible con la mansedumbre y la humildad? El fuego que Jesucristo vino á encender en la tierra, arde ya en nuestros pechos y necesita abrasar toda la tierra, ya convirtiéndonos en guerreros del Sagrado Corazón, como los héroes de la Vandea al expirar el siglo XVIII y los soldados del Pontífice á mediados del XIX, ya haciendo de cada fiel un Apóstol, como lo somos nosotros, los cofrades de esa hermandad, que se titula nada menos que apostolado, *Apostolado de la Oración.*

No sé, Hijos míos, si podré responder satisfactoriamente á estas preguntas; pero, en todo caso, voy á intentarlo. Nadie, menos que yo, que fuí testigo de sus proezas, podría echar en cara á un soldado cristiano el combatir bajo el estandarte del Sagrado Corazón, ó el ponerlo sobre su pecho á guisa de coraza, al desafiar los proyectiles enemigos. Pero no todos los días son á propósito para predicar una cruzada, ni es ésta la época de Pedro el Ermitaño ó de San Luis de Francia.

El celo intempestivo, de virtud puede degenerar en vicio; y llegó un momento en que el Sagrado Corazón empezó á mirarse como emblema, no de religión, sino de espíritu de partido; en que el mote *Detente, el Corazón de Jesús está conmigo*, parecía más bien decir á los enemigos de la Iglesia: *acométeme con más furor, hiéreme con más fuerza*. La sabiduría del reinante Pontífice, puso coto al exceso de celo, y lo contuvo dentro de los límites que la humildad y la mansedumbre no dejan traspasar.

Mejor que yo sabéis vosotros el origen de la hermandad, titulada *Apostolado de la Oración*. Se debe á tres apostólicos varones. El uno, es el religioso francés que se considera su fundador, habiéndose refundido en la suya las instituciones de los otros dos. El segundo, es aquel Padre Francisco Pellico, hermano del simpático poeta Silvio, que tan gráficamente escribió la historia de *Sus Prisiones*. Más que por sí mismo, atraía el Jesuita Piamontés á la juventud de aquella época por la magia de su apellido que, juntamente con su valer personal, le daba un influjo de que ningún otro habría podido jactarse. Fácil le fué, por tanto, fundar el *Orbe Santificado*, institución casi igual á la anterior. Al propio tiempo, en Roma misma, fundaba el *Apostolado Católico*, el Venerable Vicente Pallotti, á quien no tardaremos en ver sobre los altares, fundador de la *piadosa Sociedad de las Misiones*, orden religioso que se ha extendido maravillosamente en el antiguo y en el Nuevo Mundo.

La gloria de Dios era la norma de estos dos siervos del Señor, y bastó una palabra del celoso sacerdote, que en Puy había fundado el *Apostolado de la Oración*, para que rindieran las armas, y pusieran sus espirituales falanges al mando de aquél. ¡Ved aquí la humildad y mansedumbre del verdadero devoto del Sagrado Corazón!

Ahora bien: el pertenecer á una hermandad que se denomina *apostolado*, ¿os da derecho para que os consideréis verdaderos apóstoles? Para ello será preciso definir con precisión lo que este vocablo significa.

Pocas palabras hay en el lenguaje humano que hayan pasado por más vicisitudes. Entre los griegos significó primero, una nave de las que ahora llaman *avisos*. En tiempo de Demóstenes, ya significaba una escuadra. Más tarde, se denominó Apóstol al que hoy se titula Almirante, ó por lo menos al general que comandaba una expedición naval. Los jurisconsultos griegos dieron el nombre de apóstoles á lo que los jurisperitos latinos apellidaron *dimisorias*, *litteras dimissorias*. Entre los Judíos, por ese nombre se designaba á los encargados de llevar las notas circulares de las autoridades. En la Iglesia griega se conoce por Apóstol el libro litúrgico que contiene las Epístolas de San Pablo, y en lenguaje náutico se da el extraño apodo de apóstoles á las agujas del bauprés. Los Evangelistas primero y todos los escritores eclesiásticos más tarde, limitaron esta denominación á los doce varones enviados por Cristo á predicar el Evangelio; y aunque á San Matías

también y á San Pablo se confirió luego este título, este último no se lo da á sí mismo sino con temor. La Iglesia fué siempre parca y reservada en concederlo á otros santos, y apenas se conocen como tales San Francisco Javier, Apóstol de las Indias; y San Felipe Neri, Apóstol de Roma. Es cierto que á otros celosos predicadores y misioneros ha solido aplicarse; pero esto no pasa de una metáfora.

En este sentido figurado se designó como apóstoles á los jóvenes sacerdotes, que allá por los años de 1844 se formaban no lejos del Santuario de Nuestra Señora de Puy, y se mandaban á predicar el Evangelio á diversas partes del mundo. En sentido más lato todavía y mucho más metafórico, se dió igual nombre á los jóvenes de la misma comunidad, que no pudiendo acompañarlos en sus lejanas expediciones se contentaban con seguirlos en espíritu, y practicar ese *apostolado* por medio de la oración. De aquí nació no sólo la asociación sino su nombre. Quizás le habría conferido otro título su buen fundador, si hubiera previsto el abuso que del nombre de apóstol había de hacerse en la segunda mitad del siglo XIX. En nuestros tiempos hay apóstoles del hogar, apóstoles de la ciencia, apóstoles de la democracia, apóstoles del socialismo. San Pablo exclamaba: *non sum dignus vocari apostolus*; pero en nuestros días no hay uno solo que no se condecere con ese título. Apóstol es el pecador que dobla una rodilla ante el altar; apóstol, la mundana que recita con los labios alguna plegaria; y al paso que vamos, presto habrá que enmendar

la plana á los Evangelistas, é inventar un nuevo nombre para designar á los doce primeros enviados de Jesucristo.

Antes de que llegemos á este extremo, la Iglesia, por un lado, y por otro las Academias encargadas de fijar los idiomas Francés, Toscano y Castellano, habrán puesto remedio á un mal, no tan leve como parece. A mí sólo toca señalarlo á la grey que me ha sido confiada, y recordaros que únicamente en sentido figurado, y por benigna condescendencia de nuestra Madre la Iglesia, se designa con el nombre de *apostolado* la asociación á que pertenecéis. Sabed que, para ser verdadero apóstol, se necesita una misión especial, inherente á su nombre; y que á nosotros conviene imitar la humildad del Sagrado Corazón de Jesús, y evitar esos títulos altisonantes que tanto aman y buscan las sociedades hostiles á la Iglesia. Quizá si hubiera sido fundada hace dos siglos, la *Guardia de honor* se habría titulado *hermandad de siervos de Jesús*; y los que hoy se juzgan *apóstoles*, apenas se considerarían acreedores al dictado de esclavos del Señor. En este siglo de soberbia, también nosotros buscamos títulos pomposos, como los de nuestros enemigos, y nos dejamos subyugar, sin conocerlo, por la influencia de aquellos mismos que censuramos.

Pero aunque no seais apóstoles, mucho, mucho habéis hecho por la gloria de Dios y el culto del Sagrado Corazón de Jesús, y me complazco en tributaros las debidas alabanzas. Ante todo, rescatasteis con vuestras limosnas el profanado Templo, hoy consagrado al Co-

razón de Nuestro Salvador, y ricamente decorado, merced á vuestra largueza. Con esta generosidad adquiristeis un derecho inalienable, á que ese templo quedara erigido en centro de las Asociaciones del Apostolado de la Oración, de la Guardia de Honor y de cuantas tengan por objeto el culto del Sagrado Corazón. Es su centro, en verdad, y lo será mientras yo aliente; pero esto no quita su universalidad al mismo culto.

Prueba evidente de este aserto, son estas solemnísimas fiestas, á cuyo frente está el Obispo con su Concejo Capitular. Lo prueba esta inmensa multitud que apenas cabe en esta vasta Catedral, y las peregrinaciones de todas las cofradías, asociaciones, colegios y escuelas que acuden á ella en los diversos días del mes de Junio. Corroboran esta idea de universalidad los diversos hábitos de los predicadores, que cada año vienen á partiros el pan de la divina palabra, y las diversas familias religiosas á que pertenecen. Lo comprueba esa variedad de sermones adaptados á todas las clases de la sociedad, y á las necesidades, tanto de los pecadores empedernidos, como de los fieles devotos; lo mismo del pueblo sencillo, que del hombre docto y de la aristocracia. ¡Oh! No puedo menos que dar gracias á Dios, una vez más, porque toda mi diócesi es una vasta asociación consagrada á adorar, á amar y á imitar al Sagrado Corazón de Jesús. Las doy, igualmente, á los celosos hijos de San Vicente de Paul, que este año han dirigido con tanto fruto la misión que en este día terminamos. Yo la he seguido juntamente con las inmensas multitudes que

á ella asistían, y he tenido ocasión de admirar el incremento que ha tomado el culto del Sagrado Corazón, á quien sea dada alabanza, honor y gloria, por todos los siglos de los siglos. Así sea.

